

LOS SISTEMAS GRAFICOS DE LAS LENGUAS SEMITICAS Y LA TAQUIGRAFIA

POR

DAVID GONZALO MAESO

TODO sistema gráfico, de cualquier orden, lengua y época que sea, en el que no se representen todos los sonidos articulados que forman las palabras de un determinado idioma, es, más bien que escritura plena, exacta, una *Braquigrafía*, es decir, grafía o sistema de escritura abreviada, simplificada. Ahí tenemos, pues, por evidente analogía, un primero, antiquísimo y racional entronque de la Taquigrafía, sea la de las famosas *notas tironianas*, del liberto y taquígrafo particular de Cicerón, sean los sistemas empleados, con mejor o peor fortuna en los siglos posteriores, v. gr. en las Actas de los Mártires, sea, por fin, en el arte taquigráfico, plenamente sistematizado y de universal empleo, en nuestros días, a partir del siglo XVIII.

La segunda relación, ésta de mayor hondura, con la Taquigrafía, que tienen los sistemas gráficos de las antiguas lenguas semíticas, conservados substancialmente idénticos —por desgracia, si consideramos su menor legibilidad, no a su fuerte poder de evocación y otras razones —es el *misterio* que envuelve a ambos procedimientos de expresión de las palabras, y, por tanto, de los conceptos en ellas plasmados, debido a la cualidad común que los distingue, de *fuga de vocales*, con lo cual lo que pierden en diafanidad lo ganan en misterio, además de la rapidez y simplificación. Esta sencilla propiedad los

separa de la masa, con las ventajas, y también los inconvenientes, no lo niego, que esto representa.

Se trata, pues, en uno y otro caso, de una selección, que requiere previa iniciación en el aprendizaje, y supone una especie de corporación clasista en su cultivo. Más aún: la Taquigrafía llega a convertirse, prácticamente, en un sistema gráfico tan personal que lo escrito por un determinado individuo resulta difícilmente asequible a otro cualquiera, aunque conozca y practique el mismo sistema.

En el caso de la escritura hebraica o arábica no se llega, naturalmente, a tal extremo, pero es indudable que el procedimiento normal, y aun diríamos auténtico, de escritura sin vocales, restringe muchísimo la accesibilidad: es menester entender previamente lo escrito para poder leerlo, circunstancia que no se da en las escrituras completas, como la griega, latina y modernas. Por lo tanto, esa particularidad tan destacada establece grupos y clases de lectores en cada materia, que son los que la dominan. Esto es más patente si nos fijamos, sobre todo, en los tiempos antiguos y medievales, aunque todavía persiste, en algún grado, en la cultura moderna, abierta, en principio, a todo el mundo; pero, evidentemente, quien desconozca la Medicina, Farmacología, Filosofía o diversas Artes, que comportan una terminología especial, será incapaz, o tropezará con muchas dificultades, para *leer y comprender* un libro que verse sobre esas disciplinas.

Los sistemas gráficos empleados tradicionalmente en las lenguas semíticas son casi tantos como éstas, si nos limitamos a las principales, y prescindiendo, naturalmente, de sus numerosos dialectos. Tenemos el *acadio* o *asirio-babilónico*, el *hebreo-araméo*, el *árabe*, el *siriaco*, el *etiópico*, marcadamente dispares entre sí. Prescindimos de pormenores históricos y paleografía de cada uno, así como de ciertas variedades dentro de cada lengua, como es, por ejemplo, el desarrollo del alfabeto cursivo en hebreo, del cual se registra una veintena de modalidades desde los tiempos antiguos hasta hoy.

La invención fenicia del alfabeto fónico es uno de los más trascendentales descubrimientos de la humanidad, si no el número uno, puesto que de aquél derivan otros varios como son el arameo, empleado en hebreo con todas sus variedades, el

griego, quizá el mismo etrusco, y el latín procedente de éste, y asimismo, en otro orden, la imprenta, como instrumento extraordinario de difusión y conservación de la palabra escrita, con toda su secuela en el importantísimo arte tipográfico.

No descenderemos a detalles y pormenores de dichas escrituras semíticas, dada la índole del presente artículo. Centraremos nuestra atención en la escritura hebrea cuadrada, la más típicamente hebraica, aun cuando no sea la más antigua, y la más conocida y representativa del hebraísmo. Es una escritura marcadamente epigráfica, rectilínea, todos los signos están desligados entre sí, resultando en cierto modo autónomos, como si cada uno encerrase significación peculiar, cosa que hasta cierto punto es verdad y se puede apreciar profundizando en la semántica de cada una de las letras que componen las raíces, casi todas trilíteras —“*el gran misterio de las lenguas semíticas*”, se ha dicho—, como intentamos demostrar en nuestro estudio “Valores semánticos de los fonemas hebreos”, publicado en esta revista (vol. VI, 1957, pp. 127-137).

Ese carácter rectilíneo distingue marcadamente, a primera vista, la escritura hebrea de la arábiga, esencialmente curvilínea.

La escritura hebrea es absolutamente fonética, a diferencia de los alfabetos de las lenguas modernas, o, más exactamente, del alfabeto latino tal como se emplea en los sistemas gráficos usados en la mayoría de las lenguas europeas. Cada fonema tiene su signo, uno solo, con neta especificación de matices, timbre, grado; cinco sonidos silbantes y cinco enfáticos; neta diferenciación, mediante un simple punto, el *daguéš* leno o fónico, del sonido oclusivo y el fricativo en las seis letras llamadas mnemotécnicamente, en sigla, *b^eg^adk^ef^t*, y duplicación de todas las letras —entiéndase las consonantes—, a excepción de las aspiradas, que por su naturaleza misma rechazan tal duplicación, por medio del *daguéš* fuerte o morfológico, que es también un punto, pero que jamás puede confundirse con el leno.

Esa cualidad eminentemente fonética se manifiesta asimismo en la escritura taquigráfica, y por ello se expresan de idéntica manera las letras homófonas, de las que tenemos va-

rias en castellano, al igual que ocurre en otras lenguas, y se prescinde de las mudas, como la *h*.

Veintidós sencillos signos bastan para expresar todos los sonidos consonánticos de la lengua hebrea, como un número exiguo de signos sirve asimismo en Taquigrafía, al menos en los sistemas alfabéticos, es suficiente para transcribir los muchos miles de palabras que contribuyen el tesoro léxico de las lenguas modernas. Y es de advertir la profunda filosofía que se encierra en esta particularidad, que nos parece un grave defecto —y, en la práctica, lo es—. El sentido de la palabra, su armazón está constituido por las consonantes, *'otiyyôt*, “signos gráficos”, y no deja de ser curioso que la misma voz *'ôt* (sing.) signifique también “señal, prodigio, milagro” y “letra”, aun cuando en los respectivos plurales se marque una diferencia morfológica.

Y no expresan esas consonantes solamente el sentido radical, sino el concreto, individualizado en cada palabra, formando todas las de la misma raíz una familia, como realmente son, razón por la cual se venía agrupando tradicionalmente de este modo en los diccionarios hebreos, y en los árabes, todas las palabras derivadas de una raíz a continuación de ésta. Todas las matizaciones que forman el denso complejo de categorías léxicas, nominales y verbales, se expresan asimismo mediante cierto número de letras, que por “servir” para tales menesteres se denominan en la terminología gramatical “letras serviles”, y son, en hebreo, once, la mitad del alfabeto. Pero éstas no pierden por ello su categoría de posibles letras radicales.

Apenas es necesario poner de relieve, al menos para quien posea algún conocimiento de las lenguas semíticas, la extraordinaria analogía de estas notas distintivas con lo que es esencial en el arte taquigráfico, en el cual, sin pretenderlo, a compás de los signos, se van marcando también en el papel a modo de familias de palabras, si no precisamente en el orden semántico, sí al menos en el fonético, que es prevalente en esa escritura.

Respecto a los fonemas vocálicos, su nombre en la gramática es muy significativo, en consonancia con el genio de

las lenguas semíticas —en las indoeuropeas el caso es diferente—: no son propiamente letras, son “mociones”, *t^enû^ot*, es decir, elementos activos, que ponen en movimiento a esos otros estáticos, las consonantes. También en esto se refleja el hie-ratismo y hasta misticismo preponderante en los pueblos orientales. Las mismas lenguas semíticas, y aun más las otras, del lejano Oriente, como el chino, apenas han evolucionado en el curso de varios milenios; más bien, como dijo Renan respecto al hebreo, “han durado”.

En el espacio de los tres milenios y un tercio que nos son conocidos de la lengua hebrea, la cual sigue fundamentalmente igual a sí misma en sus estructuras, aunque incrementadas, como es lógico, en su léxico, ¿qué evolución tan extraordinaria han experimentado las indoeuropeas, hasta el día de hoy!

Notemos, por otra parte, la profunda diferencia entre los alfabetos hebreo o árabe, en orden a las consonantes y vocales, con respecto a los de las lenguas occidentales. En éstos las vocales son las que propiamente *suenan* por sí mismas, en tanto que las consonantes *con-sonant*, es decir, suenan *con* la ayuda de las vocales, que, en efecto, son absolutamente necesarias para su pronunciación. Para convencerse, basta con intentar la pronunciación de los fonemas oclusivos y fricativos; por eso, al enunciar las consonantes, siempre añadimos una vocal a continuación del sonido consonántico, como soporte del mismo, y a veces se repite delante y detrás, v. gr., *be*, *ce*, *de*, o bien *e**fe*, *e**le*, *e**re*, *e**se*. El *yod* primitivo se ha llamado *iota* en griego y latín, *jota* en español. Análogamente ocurre en los demás idiomas en cuanto al enunciado de las letras. El prurito de la pedantería innovadora que quiso introducir la pronunciación de esos fonemas consonánticos aislados sin el soporte vocálico tenía que desembocar fatalmente en el más rotundo y hasta ridículo fracaso.

Ahora bien, ¿cómo se representan esos elementos vocálicos en la escritura hebrea, lo mismo que en la arábica? Lo normal es no representarlos, se presuponen; no tienen derecho, al parecer, a figurar, sino solamente a trabajar de incógnito, sin hacer su aparición en la escritura.

Los griegos, pueblo tan inteligente que todo cuanto copió

de otros lo completó, perfeccionó y embelleció, al adoptar el alfabeto fenicio advirtieron en seguida ese fallo o deficiencia de la ausencia de vocales, y las introdujeron inmediatamente en su alfabeto con idéntica categoría que las consonantes, empezando por la primera, *alfa*, e incluso matizando la cantidad de la *e* y de la *o* (*épilon* y *ēta*, *ó-microm* y *o-mega*). Incluso fueron tan respetuosos con ese instrumento sin par de cultura, representado por el alfabeto fenicio, que no solamente conservaron los nombres helenizados (*alef* = *alfa*, *bet* = *beta*, etc.), sino que incluso adoptaron para las vocales los signos consonánticos que no tenían empleo en griego, por no existir en ese idioma tales fonemas, así como también el valor numérico de las letras.

Pero se impone una observación muy importante. Las vocales en las lenguas indoeuropeas tienen valor análogo a las consonantes; sus respectivas denominaciones solamente se refieren al hecho y particularidades de su pronunciación. Por consiguiente, en las raíces entran por igual consonantes y vocales, v. gr., *es* y *fu*, en el verbo *sum*, *da*, *fer*, *vel/vol*, en los verbos *do*, *fero*, *volo*.

En las lenguas semíticas se pretendió, andando el tiempo, revalorizar en ese sentido a las vocales, p. e., en los verbos del tipo *qûm*, *lîn* o *lûn*, es decir, los que llevan como intermedias entre las dos consonantes *waw* o *yôd*, los verbos llamados *cón-cavos* en árabe, pero, al parecer, tal hipótesis no ha obtenido asentimiento, al menos general.

La expansión de la cultura, la necesidad de poner un “valladar”, en expresión rabínica, a la Torá, a la revelación y los principios religiosos que de ella dimanaban, con sus graves y numerosísimas consecuencias, las exigencias pedagógicas, en suma, indujeron a los gramáticos hebreos llamados *masoretas* (adep-tos a la *māsôrā^h* o tradición) a idear un sistema de signos vocálicos que remediara los evidentes perjuicios ocasionados por la falta de expresión gráfica de las vocales. Y fue tan completo el suplemento inventado e introducido paulatinamente en las Academias de Palestina (Tiberíades sobre todo) y Babilonia, que el número de esos signos adicionales, colocados debajo o encima de las consonantes (en el sistema de Tiberíades, que

prevaleció), alcanza la cifra de veinte, aparte de los cuatro copiosos juegos de los llamados “acentos”, que matizan la pronunciación de la dicción y la frase, modulan el ritmo musical en la cantilación sinagoga y actúan como signos equivalentes a los nuestros de puntuación.

Notemos, sin embargo, que tal era el prestigio de que gozaban los signos consonánticos, el alfabeto propiamente dicho, aureolado de un nimbo de respeto casi religioso, que primeramente hasta para esa función vocálica se eligieron algunas consonantes que por su sonido parecían más próximas al de las vocales: *yod* (como en español *i* e *y griega*) para los sonidos vocálicos palatales *i*, *e*, y el *waw* (lat. *u*, *v*) para los labiales *o*, *u*, así como también el *álef* para la *a* y el *h*, con una mayor utilización para *a*, *e*, *o*. Fueron las llamadas *matres lectionis*, que suponían una cierta ayuda para la lectura, pero que también originaron alguna confusión en la morfología de ciertas palabras, singularmente en la forma femenina $-\bar{a}^h$, que quedó con un doble distintivo, el de \bar{a} , y el de *h* (que en esos casos, tanto en el nombre como en la desinencia femenina verbal carecía totalmente de su sonido aspirado como consonante, y tenía meramente el valor de una *a*).

Si proseguimos nuestro cotejo con la Taquigrafía, deduciremos de las consideraciones precedentes el extraordinario predicamento de las consonantes, tanto en las lenguas semíticas como en esa grafía simplificada.

Pero, dentro del área del hebraísmo, tenemos asimismo otro punto de coincidencia entre ambas esferas, y es el gran número de abreviaciones empleadas, que entre los rabinos adquirió proporciones desmesuradas, y que dificultan todavía más la rápida y correcta lectura. Y nos referimos exclusivamente a las llamadas simplemente *abreviaturas*, de diversas clases, como es el empleo de la inicial de una palabra para expresar ésta, v. gr., R = Rabbí, y la supresión de ciertas letras finales, a modo de apócope gráfico, corriente sobre todo en los plurales (*-im* masc., *-ót* fem.)

En cuanto a otro tipo de abreviaturas, las llamadas en hebreo *rā'sē t'c'bôt* o “siglas”, adquirieron en la escritura, y, como consecuencia, en la tipografía, rabinica, tal extensión, que se

han podido llenar cientos de páginas con su elenco e interpretaciones en los diccionarios especiales que se han publicado, desde el de J. Buxtorf, *De abbreviaturis Hebraicis* (Basilea, 1708) al *'Ošar rā'sē t'ebôt*, Thesaurus of Hebrew Abbreviations, por Samuel Askenazi y Dov Jarden (Jerusalem, 1965), que abarca quizá la prodigiosa cifra de 20.000 abreviaturas, las cuales a un promedio, nada más, de tres, representan unas 60.000 significaciones. Son 600 columnas, en 4.º M. En 1969 apareció un suplemento o anejo de otras 4.000 siglas.

Es de advertir que hay asimismo taquígrafos —y tal suele ser la norma corriente— que se han elaborado para su uso particular, al margen del sistema que utilicen, una lista enorme de abreviaciones de su especialidad, que llegan a veces a varios centenares.

CONCLUSIONES

1.ª) Nuestra modesta aportación creemos significa algo más que una simple curiosidad histórico-lingüística, un devaneo por los vetustos campos de antiguas culturas milenarias; es, más bien, una contribución al estudio de la Prehistoria de la Taquigrafía, casi una disquisición filosófica, al par que una invitación a la reflexión sobre un aspecto tan importante en la cultura humana como es el arte de la escritura.

2.ª) El cotejo de ciertas manifestaciones de la actividad intelectual artística, en una retrospección de cuatro o cinco milenios, puede ser sin duda, además de una visión sugestiva, una lección provechosa.

3.ª) Las coincidencias señaladas entre los sistemas gráficos de las antiguas lenguas semíticas, señaladamente el hebreo-arameo y el arábigo, que dejamos expuestas, y la Taquigrafía, autorizan a suponer una posible influencia en lo substancial —supresión de vocales, aunque por razones diversas— de aquellos arcaicos sistemas, perpetuados hasta nuestros días, y que se nos ofrece como una manifestación más, aunque ha ido en vanguardia de otras muchas, de la *prisa*, unas veces razonable, como en el caso de la Taquigrafía, y otras, desorbitada y temeraria, como vemos en tantísimas otras manifestaciones de la vida cotidiana.